

# UNA ENFERMEDAD JUDIA

Por JOEL CARMICHAEL

Joel Carmichael es editor de Midstream.  
Tomado de Midstream, mayo de 1975.

Noam Chomsky famoso como lingüista teórico, llegó a ser más conocido como agitador violentamente opuesto a la guerra en Vietnam y se especializó también en política del Medio Oriente como opositor al Estado de Israel y partidario de un estado árabe-judío, "binacional", en su territorio. Su libro reciente "¿Paz en el Medio Oriente?" una recopilación de artículos publicados, lleva otra vez al público sus puntos de vista con motivo de la guerra de Iom Kipur y más aún por la importancia que adquirió recientemente el terrorismo palestino.

Es exacto decir, pienso, que Chomsky es uno de los más sobresalientes anti-israelíes, judío, que en la actualidad escriben. Me parece importante caracterizar a cierto grupo de opositores sistemáticos, no críticos, de Israel como judíos no sólo en función de su origen, sino como suma de conducta. Muchos de los más efectivos adversarios de Israel, han sido por cierto indudablemente judíos asociados a una u otra sombría nueva izquierda; algunos de ellos relacionados con una minúscula minoría de judíos izquierdistas en Israel conocida como "Matzpen" (brújula), también hostiles al actual Israel y simpatizantes de la creación de un régimen que refleje la relación numérica entre judíos y sus vecinos de habla árabe.

Tales judíos no son simples críticos de tal o cual política israelí, impugnan la mismísima existencia del gobierno. Y lo que los hace, creo, específicamente judíos es que lo impugnan en nombre de un ideal en gran escala que por su naturaleza trasciende la existencia y el reconocimiento como estado. Es claro que a los que proponen grandilocuentes ideas de justicia y democracia, la existencia de un pequeño estado establecido para resolver problemas de un pueblo determinado, les repugna.

Sin embargo, lo que me choca de Chomsky, no es su modo de identificarse con un elevado ideal, sino su aceptación del alegato sionista de que los judíos están en Israel "según derecho". Simplemente quiere que acomoden sobre la base de justicia y democracia a aquellos árabes que reclaman el mismo lugar. A mi entender es justamente esta aparente moderación lo que destaca lo que sólo puede ser llamado su estupidez. Ella lo conduce a extrañas contradicciones artificialmente hilvanadas por su peculiar e ingenuo idioma racionalista.

No sería extraño después de todo rechazar enteramente al sionismo. Es único sin dula que un pueblo ejerza una pretensión, parcialmente afeerrada a un lejano pasado y convalidado por una revelación divina atestiguada sólo por libros milenarios.

Chomsky escribiendo con la tozudez afectada de marxismo, acepta la reclamación sionista sin calificación; pensé que debía ser por una parte su "corazón judío", exprimiendo de él una concesión política y por otra a un deseo de aparecer como imparcial.

Más allá de esa posible explicación psicológica, se destaca su principal tema el binacionalismo, en una forma que sin duda garantizaría la extinción de Israel como estado con todas las posibilidades para incontables judíos como individuos. Después de aceptar en principio la esencia de la reivindicación sionista de Israel, Chomsky en realidad la destruye. El eje de su ataque, el dispositivo técnico que lo llevó a crear un aura de moral plausible para un objetivo puramente político, es lo que debería ser la más ingeniosa pieza de propaganda en la reciente historia; la aseveración de que un pueblo palestino, una nación autoconsciente existe actualmente.

Excepto por esto, puede parecer viable un acuerdo con los vecinos de Israel, supongo viable en principio, sin desatender los reales derechos de los que están involucrados y satisfaciendo también las aspiraciones "nacionales" de judíos y árabes.

Las demandas sionistas no consideran más de lo que Arthur Balfour llamó una mínima "muesca", 10.000 millas cuadradas recortadas de un área que es casi la mitad del tamaño de Estados Unidos, un área además, que con más del 60 % del petróleo mundial ha estado acumulando más dinero efectivo que ningún otro grupo humano en la historia. Por añadidura es por la gente que representa a los árabes en conjunto que Israel ha sido amenazado y no por el "pueblo palestino".

Por consiguiente si se acepta el conflicto como enraizado con la oposición entre los israelíes en sus 10.000 millas cuadradas y sus vecinos árabes en sus 4.300.000 millas cuadradas con petróleo, ¿qué es lo que sería injusto acerca de promover la paz sobre esta base? ¿Por qué no habría de ser democrático, justo, equitativo?

Además: aun si el concepto de una nacionalidad palestina habría de ser necesaria como condensación de un desvaído "pan-arabismo" ¿por qué no puede ser razonable adecuar la dedicación de Chomsky a la equidad con los habitantes de la Palestina por reversión a la original Palestina, que en la declaración Balfour de 1917 se admitió era el área del Hogar nacional judío?

La Palestina original era mucho mayor que Israel de hoy, consistía en la propia Palestina más lo que era entonces Transjordania, cuatro veces mayor en tamaño. En los veinte años fue recortada arbitrariamente por el gobierno británico para encontrar un refugio digno para Hussein ibn Alí, tatarabuelo del actual rey Hussein de Jordania, cuyo tío abuelo tuvo conversaciones amistosas con Jaim Weitzman y cuyo abuelo, el emir Abdalah se mostró moderado frente a los sionistas.

Es notorio que el aparato íntegro del estado de Jordania, con cerca de un millón de habitantes que son primitivos palestinos, según el punto de vista de un partidario de una "nación palestina" sería perfectamente legítimo considerarlo enteramente palestino. De hecho existe un estado palestino, lo que pasa es que se llama Jordania, eso es todo.

Aun así Chomsky desecha ambas soluciones, acepta naturalmente el derecho de una gran "nación árabe" de seguir existiendo en sus 4.300.000 millas cuadradas, el de Jordania de seguir viviendo en sus 40.000 millas cuadradas, insistiendo con singular obstinación en los derechos de todavía

otro "pueblo palestino" de continuar como entidad nacional en lo que es ahora territorio israelí.

El concepto de pueblo palestino es tan palpablemente falso que es difícil admitir cómo un ingenuo racionalista como Chomsky pudo ser arrastrado por él.

Desde los comienzos de la historia, un territorio parte de Siria meridional era llamado a veces Palestina. Sin embargo, nunca se mencionó un pueblo palestino ¡hasta la guerra de 1967! En las consecuencias de ésta cuajó repentinamente, retóricamente como si los habitantes del primitivo territorio de Palestina, cristianos de habla árabe o musulmanes que tan sólo residían en esta antigua provincia turca de Siria-Palestina, constituyeran por alguna razón una verdadera nación, sufriendo por lo tanto no sólo desventajas personales por el trastorno del conflicto, sino también del trauma infligido a su psique "nacional".

Me parece más bien sorprendente que la propaganda del artificio, inventando una nación especial para palestinos no haya sido pensada mucho antes. La ficción de tal pueblo palestino habría parecido un invento obvio para justificar ante el mundo exterior la obsesión de los líderes políticos árabes por el Estado de Israel. Yo pensaría que fue la euforia de estos líderes al comienzo de 1948, además de la muy publicitada teoría de que la guerra contra Israel fue emprendida en nombre de todos los árabes, lo que hizo el artificio, si siquiera fue pensado, lo cual parece superfluo, puesto que es de imaginar la dificultad de crear algo de la nada. Pero las sucesivas derrotas de los estados árabes combinado esto con la necesidad de las "relaciones públicas" de mantener la apariencia de negociaciones, apuntaron a una salida: la lucha fue después de todo por los "legítimos derechos" del "pueblo palestino".

Este fue un cliché muy digerible en el mundo occidental. Su utilidad fue inconfundiblemente destacada en octubre 1974, cuando las Naciones Unidas dominada por los veinte gobiernos árabes, además de las naciones nacientes, más los bloques soviético y chino, bien allegados invitaron a los terroristas palestinos a participar del debate sobre la "cuestión palestina" y aun más inequívocamente cuando los jefes de las Estados árabes en Rabat, Marruecos, votaron para que representaran al "pueblo palestino" los terroristas palestinos en lugar del rey Hussein.

Los terroristas conducidos por Yasir Arafat pudieron persuadir a los adinerados árabes, productores de petróleo, que éste era preferible a Hussein. Si éste hubiera sido requerido para la negociación con Israel, lo habría hecho en un campo limitado, asegurando en cierto modo la integridad de Israel. Arafat notorio por su "moderación", por su línea intransigente en el reconocimiento de Israel y por lo tanto de la existencia de la comunidad judía dentro de él, considerado como única autoridad "representativa de palestinos" aseguraría que Israel fuera borrado completamente. El llamado al golpe de la gente del petróleo fue, según parece, inevitablemente satisfactorio.

De este modo está la compulsión racional de la frase "el pueblo palestino" que conduce a una deliberada confusión. Destinada a ser arrebatada por los marxistas de todos los matices, por la nueva izquierda, por los

instrumentos soviéticos, por los propagandistas anti-israelíes, por los abiertamente antisemitas y por supuesto por la prensa enteramente vulnerable, a causa de la ignorancia de todas estas consideraciones de intereses creados.

El verdadero fundamento fue olvidado inmediatamente, la no existencia del asunto mismo, de modo que bajo el mandato británico, los cristianos y musulmanes de habla árabe, tratando de superar las divisiones de adentro y de afuera, debieron negociar efímeras, frágiles alianzas para actuar frente a los judíos y de alguna manera a los británicos y la mayor ironía es que el problema de los refugiados, principal caballo de batalla, por así decir, de la coalición anti-israelí podría haberse explicado sólo con recordar el simple hecho: no hubo cosa tal como "el pueblo palestino". Fue sencillo para musulmanes y cristianos de Palestina alejarse unas pocas millas a países que dentro del punto de vista "nacional" eran idénticos al propio, para pasar, como pensaban, con sus parientes pocos días o semanas, y regresar triunfantes a sus hogares en lo que entre tanto llegó a ser Israel.

Es precisamente en el plano humanitario, por cierto, que el problema de los refugiados reflejó la ironía de tan trágica política. Único en su género entre los millones de refugiados a causa de la Segunda Guerra Mundial, solamente a los árabes se les negó la integración con sus países anfitriones y obligó a seguir achicharrándose en medio de la mugre, ¡todo en nombre del honor árabe! Y ahora un cuarto de siglo más tarde la erección cínica de campos de refugiados para incitar la obsesión de los enemigos de Israel y por encima se les impone una nacionalidad que no ha existido nunca, sin ser consultados. El sufrimiento de los refugiados, es obvio, es en obsequio a la lucha contra Israel.

Pero ¿por qué Chomsky y otros oponentes de Israel han de dejarse embaucar por la propaganda? ¿Por qué no ven los méritos —humanitarios y políticos— en un vis a vis de árabes y judíos para cualquier aproximación pan-árabe o jordano-palestino al conflicto árabe-israelí?

La credulidad de Chomsky, su negativa a considerar una justa alternativa a la presente impasse no puede ser explicada intelectualmente de ningún modo, es una forma de suicidio. Su ceguera a las soluciones perfiladas más arriba, su insistencia absurda en mantener la ficción de un pueblo palestino árabe, es dirigida quizás inconscientemente a la extinción del Estado de Israel, al igual de los más crueles enemigos.

Eso es lo que pienso de la estupidez de Chomsky, su "corazón judío" no puede conciliarse con sus reivindicaciones a favor del "pueblo palestino", especialmente desde que él admite que no llegó a tener existencia hasta después de 1967 cuando "el nacionalismo árabe en forma de nacionalismo palestino, llegó a ser un elemento sustancial en el conflicto". (Pág. 14).

Cuando uno recuerda que la ficción de "pueblo palestino" no se refleja en ninguna opinión de entre los primeros habitantes de Palestina, sino simplemente en la demanda personal de terroristas individuales que alegan representar a alguien más, los ojos de uno se dilatan ante el despliegue de Chomsky de ese particular tipo de tontería a la que se asocian idiotas intelectuales y ieshiva-bojers.

La tontería de Chomsky resulta sorprendente. Después de afirmar que los árabes palestinos sufrieron una "monstruosa injusticia histórica" y ratificando una cita de algún israelí que proclamó que el Estado de Israel fue "completamente inmoral" con el resultado de la destrucción de la sociedad árabe, acaba diciendo con aparente imparcialidad que ambos, palestinos árabes y judíos tienen "igual derecho" en todo el territorio del Mandato palestino (pág. 106). Pero ¿cómo puede un "acto inmoral" conciliarse con aprobar a sus perpetradores y beneficiarse con "iguales derechos"? Parece simple que lo que a primera vista no es más que torpeza, es estar al servicio del auto-repudio judío, más sorprendente aún desde que dice que en la guerra de los Seis Días de 1967, reaccionó creyendo que hubo entonces una verdadera amenaza de genocidio con "virtualmente no decisivo apoyo a Israel que parecía estar en un momento desesperado" (pág. 124).

Hoy con enemigos más efectivos y con medios prácticamente ilimitados, cuando el "momento desesperado" nos es cada vez más insistente, Chomsky retrocede a una etapa previa, adoptando los argumentos de los terroristas.

El famoso talento de Chomsky parece conformar una clase de racionalismo adolescente como cuando equilibra las declaraciones árabes de exterminio (según lo expuesto en tribunas públicas por voceros tales como Shiqueiry y Azzam Pasha, sin mencionar a terroristas reconocidos) y las lejanas declaraciones de extremistas israelíes exigiendo nada más que la transferencia de poblaciones.

La aversión de Chomsky hacia Israel está basada en altos principios: "en un estado judío... no puede haber pleno reconocimiento de derechos humanos básicos, a lo sumo un avance limitado hacia una sociedad justa" (pág. 9). Un estado judío, dice, no puede ser democrático, "lo cual es obvio". Y da un ejemplo "lógico": una persona que se hace ciudadano del estado judío no se transforma en judío. Aquí falsifica deliberadamente su propia ecuación desde que la gente puede llegar a ser ciudadano israelí sin ser judío, y aun si se fuera admitir los ejemplos de discriminación con ciudadanos de actitudes ambiguas hacia el Estado en tiempos de guerra, estas circunstancias pueden mejorar con tiempo y cambio de circunstancia, no son absolutas y no son engendradas por una contradicción entre un Estado judío y democracia.

Es difícil dar a entender el desconcertante efecto de la combinación de deshonestidad y tontería en Chomsky. En una situación en la que los israelíes están sencillamente en una dificultad no a causa del "pueblo palestino" sino por las armas sofisticadas de la Unión Soviética y pagadas por el dinero del petróleo árabe, implementadas por los ejércitos de los vecinos de Israel, él asegura que aunque Israel está "potencialmente" en una situación peligrosa "a la larga" está en una fuerte posición frente a los palestinos árabes. Parece del mismo tenor su indicación de que los "pantarras negras" israelíes —judíos orientales con agravios contra la burocracia israelí— puedan tener "un motivo común con árabes de Palestina, causando a las autoridades israelíes más de 1.000.000 de bombas de tiempo" (pág. 126).

Esta repercusión ingenua de un primitivo cliché marxista aplicado a Israel —un frente unido entre todas las razas contra los explotadores!— es tonto en el caso del sector oriental de los judíos israelíes. Serían ellos, sin duda, faltos de visas, conexiones familiares, etc., los primeros en sufrir por el triunfo árabe. La crítica ocasional justificable de Chomsky de los defectos específicos israelíes son completamente eclipsados por su prejuicio dogmático y éste es en sí mismo el síntoma de una enfermedad que me parece peculiarmente judía, el descuido de la propia conservación en favor de un idealismo abstracto.

Chomsky es un ejemplo contemporáneo de una sucesión de judíos que han rechazado el impulso de autoconservación en favor de un retorcido ideal. Cuando a Trotzky siguiendo los pasos de su amo, Karl Marx, se le pidió definirse como ruso o judío y replicó airadamente que ni lo uno ni lo otro, era "social demócrata" estaba asentando el paradigma de la autoalienación.

Es cierto que la fórmula epigramática de Trotzky fue profundamente judía: franceses, alemanes, ingleses pueden ser internacionalistas, reteniendo mientras tanto sus propias identidades, sólo los judíos eran absolutamente internacionales. Es un aspecto de la alienación judía que según interpreta esta clase de judíos autonegados, vincularse a ideas cósmicas parece requerir un descenso de la preservación judía. La justicia puede cumplirse al parecer solamente si los judíos caen.

Es penoso contemplar el inarticulado elemento religioso en esta curiosa abstracta forma de suicidio, elemento que representa sencillamente la transformación de la milenaria religiosidad bajo las distintas presiones que destrozaron el shtetl, hace un par de generaciones. La devoción judía arrancada de su encierro, en el propio judaísmo en el que nosotros estamos aquí y Dios en cualquier parte, se dedicó a adorar grandes ideales en un mundo práctico que excluía a Dios. Inhibidos por una perturbación acerca de sus orígenes pudieron finalmente desvanecerse noblemente.

En diciembre de 1972, algunos sabras fueron arrestados en Israel inculcados de espíar para Siria, fueron arrestados y convictos en la primavera de 1973 (era la primera vez que judíos se transformaban en espías contra el gobierno israelí, por razones ideológicas).

Su líder Ehud, produjo en su defensa un espléndido ejemplo de su síndrome judío-antijudío: dijo que él y sus sabras no pensaban en otra cosa que en el "mejoramiento de la raza humana" y que era absurdo calificarlos de anti-israelíes porque transmitían información militar a los sirios. Muy sincero, muy judío, ¡sólo judíos piensan primero en la "raza humana"! Los sabras no alegaron que los sirios a quienes entregaban información militar, también estaban esforzándose por el mejoramiento de la raza humana.

Similarmente, lo que ilustra acerca de la idea de Chomsky de un estado binacional israelí-árabe, es que ninguna agrupación árabe ha mostrado la menor voluntad de permitir a los judíos un papel independiente aun en un estado semejante.

Chomsky y los autosacrificados sabras fueron embaucados por la "revolución" del Al Fatah, han sido atrapados a causa de su auto abnegación judía, apadrinando un falso ideal que supone que los judíos no tienen derecho a sostener su identidad colectiva, que inevitablemente se desvanecería si se realizara alguna vez el ideal de sus enemigos.

Es descorazonador observar cómo esa dolencia judía es usada por los enemigos de Israel.

La lucha amarga entre Israel y sus vecinos está ascendiendo a un inaudito grado de intensidad. El potencial infinito del arma-petróleo se está desarrollando paso a paso, los vecinos de Israel están recibiendo armas sofisticadas por billones de dólares de una gran potencia hostil, pagados con esta arma-petróleo. Israel y por lo tanto la judeidad toda están encarrando una pueba crucial.

Hace unos pocos años Chomsky expresó su "corazón judío" en forma de desesperación ante la guerra de los Seis Días, ahora completamente recuperado manifiesta esta otra emoción judía auto-destructora.

¡Qué lástima que haya dejado atrás su cabeza judía!